

EL TRABAJO FEMENINO EN TIEMPOS DEL NEOLIBERALISMO

María Inés Fernández
Universidad de Buenos Aires (Argentina)

Presentación

El presente trabajo se refiere a la inserción laboral de la mujer en el denominado *momento aperturista-neoliberal*, ubicado entre 1976 y 1983 y años posteriores. Si bien el modelo económico es la pauta que se sigue, no se circunscribe el horizonte de análisis a lo económico, sino que se realiza desde el entramado de las estructuras políticas, sociales y económicas que se delinean a lo largo de la investigación.

Introducción

El nuevo equipo militar que desplazó en 1976 al gobierno justicialista de María Estela Martínez de Perón adoptó una estrategia de desarrollo diferente a todas las experimentadas en el pasado. Se lo puede caracterizar como una alianza entre el estamento militar y el segmento más concentrado de la burguesía nacional y de las empresas transnacionales. La particularidad es que llegaron al poder apuntando a lograr un disciplinamiento social generalizado mediante un cambio drástico de la antigua estructura de relaciones económicas, sociales y políticas, y se dio por terminado el ciclo de la industrialización como objetivo central del proceso de desarrollo. Así la estrategia tendió hacia los siguientes objetivos: vigencia de los precios de mercado como régimen básico de funcionamiento; promoción de los sectores más concentrados de la economía con la consiguiente eliminación de empresas de menor productividad; amplia apertura a la importación de capital extranjero y bienes de todo tipo; contención del salario real para controlar la inflación; principio de subsidiariedad del Estado en materia económica lo que suponía el traspaso de actividades a la esfera privada entre otras medidas. El modelo generó pérdida de ingresos entre los asalariados y empresarios medios y pequeños, inclusive entre grandes empresas que no pudieron adaptarse. El resultado, comenzando los años ochenta fue de aguda contracción económica por disminución de la producción y la demanda internas – sobre todo, manufacturas– disminución de las inversiones productivas en provecho de la especulación financiera, incremento de la deuda externa –gran parte de ella estatizada– abrupta precarización de las condiciones generales de vida por retroceso de las políticas públicas de índole social, todo esto en el marco de una inflación que no pudo ser controlada. En 1982 la derrota de la guerra de Malvinas aceleró el llamado a elecciones y el fin del gobierno militar que terminó su ciclo en el marco de fuertes críticas y siendo blanco de investigaciones judiciales en torno a la violación de los derechos humanos (Torrado, 1992: 55).

Desarrollo

Una de las formas de estudiar el tema fue analizar los datos estadísticos obtenidos de los censos: según el censo de 1980 la población argentina alcanzaba a 27.947.446 habitantes.

Durante esos años continuó el proceso de envejecimiento de la población, al tiempo, que continuó el descenso del índice de masculinidad. En la estructura laboral en general observamos cómo se achicó la clase obrera que retrocedió de un 59 % en 1947 a 52 % en 1980 aumentando el número de trabajadores autónomos. Durante el período de la dictadura militar aumentó el cuentapropismo y la emigración al exterior del personal calificado. Descendió el salario real así como la participación de los asalariados en el ingreso nacional lo que se agravó por la suspensión de los derechos laborales y las negociaciones salariales junto a fuertes medidas represivas de la actividad sindical.

Entre 1970 y 1985, el empleo industrial se redujo a un ritmo del 2 % anual. Paralelamente se fue registrando, un incremento de la participación femenina en el mercado de trabajo, debido a varios procesos complementarios: aumento del número de años de permanencia en el mercado laboral, reentrada a este en edad madura temprana, aumento de mujeres divorciadas jefas de hogar que permanecen en tareas laborales fuera de su casa impulsadas por aspiraciones personales o como afirman algunos autores impulsadas por la crisis que obligó a las mujeres a aumentar los ingresos familiares. Es así como comienza la tensión en el uso del tiempo en las mujeres profundamente relacionado a la división sexual del trabajo remunerado fuera del hogar y de las tareas domésticas que las obligan a una doble jornada.

Entre 1970/80, con un mercado interno que se satura rápidamente y una expansión externa escasa porque la *performance* productiva no la hacía competitiva, los diagnósticos preveían que el crecimiento industrial era imposible de sostener en el mediano o largo plazo, por lo cual se diseñaron dos estrategias de desarrollo que se aplicaron en forma sucesiva. Una intentó una política exportadora agresiva desde 1967 hasta 1976 mediante estrategias de promoción –cambios diferenciales de moneda y ventajas arancelarias– que tuvieron efectos positivos (1) sin modificar los problemas de base. Gracias a un notable incremento de la inversión pública y una fuerte participación del Estado se desarrollan nuevos sectores productivos: aluminio, papel prensa, camiones pesados. La crisis de 1975 provoca un cambio en la estrategia económica que conduce a la reducción de ventajas arancelarias y *apertura de las importaciones*, con efectos negativos en el ámbito industrial (2) (Schvarzer, 1980:18). Estos desarrollos de industria de base, demandan escasa mano de obra femenina, pero en paralelo se da un incremento de industrias vegetativas que disponen de tecnologías ya conocidas y absorben mayoritariamente obreras, con lo cual la división del trabajo por género se asocia a la división por ramas de la industria (Torrado, 1992: 99).

Durante la década de los ochenta América Latina reorienta sus estrategias internacionales a fin de consolidar su integración a la economía mundial bajo el esquema de bloques regionales, con una nueva división internacional del trabajo que modifica sustancialmente las relaciones entre capital y trabajo apuntando a la flexibilización y desregulación de la mano de obra. En consecuencia se intensifica el ritmo de los procesos de trabajo y se modernizó con la introducción de nuevas tecnologías. Entre 1980 y 1987 se duplicó la cantidad de mujeres que trabajan “en negro” (Noticias Gremiales, 1989: 9) El Censo de 1980 arrojó cifras poco creíbles respecto a la actividad económica de la mujer (27 %), especialmente si se las compara con el nivel de

educación formal, la Prueba Piloto del Censo 1991 al eliminar la categoría “a cargo del hogar” obtuvo un fuerte incremento en el registro de mujeres activas (37 %) (Oslansky, 1989:9)

Dijimos que la dictadura militar inició una profunda transformación en las estructuras económicas del país que significó el fin del modelo de sustitución de importaciones salvo en algunos rubros que abastecían el mercado interno. Se generó un proceso de concentración económica de cierto grupo de empresas ligadas al sector financiero, al sector agroexportador y al capital extranjero que diversificaron sus actividades vinculadas fuertemente al Estado como proveedores, como receptores de créditos y de subsidios ejerciendo fuerte presión política sobre él. Estos mecanismos persistieron durante el gobierno radical de Raúl Alfonsín (1983-89) y se afirmaron durante el *menemismo* (1989-1999).

La *feminización* de las ocupaciones administrativas y profesionales, iniciadas en los años setenta, continúa en las décadas siguientes en los sectores educación y salud y se amplía a bancos, entidades financieras y las tareas administrativas de la industria. A medida que avanzó la crisis observamos que aumentaron las tasas de desempleo y de subempleo haciendo que mujeres que pierden sus trabajos, por ejemplo, en el sector textil (3) reingresaron al mercado laboral en actividades precarias o en el empleo doméstico.

Las mujeres de los sectores medios con estudios secundarios o terciarios se ocuparon en actividades financieras y en el empleo público. El 23 % de las mujeres se concentraban en el comercio, por otra parte salud, educación y servicios personales ocuparon al 21 %, mientras que en manufacturas lo hicieron el 17 %. Estudios específicos sobre el rol de las mujeres en el sector público muestran que los logros femeninos en términos de carreras son insignificantes puesto que se ocuparon, en la mayoría de los casos, en cargos sin futuro de ascensos o periféricos. Este patrón guarda relación con los cambios en la estructura productiva y ocupacional característicos del momento por el que atravesaba el país (Bonder, 2004: 55).

Algunas consideraciones

La inserción laboral femenina, paradójicamente, va mostrando fuertes rasgos de inequidad, a saber: condiciones laborales más adversas que los hombres, concentración en un grupo de actividades consideradas “típicamente” femeninas que supuestamente tienen relación con sus instintos maternales y de servicios a terceros, y consecuentemente son de menor jerarquía, más inestables, de menor valor social y peor remuneradas.

A comienzos de los noventa, se asiste a lo que se consideró un virtual quiebre del Estado. La crisis hiperinflacionaria y recesiva fue dominada en el período menemista por el plan de Convertibilidad. Las promesas del presidente Carlos Menem (1989-1999) de *salario* y *revolución productiva* fueron abandonadas debido a la recesión, al deterioro de las cuentas fiscales, al elevado endeudamiento, al retroceso de las reservas y la huida de capitales; fue así como se buscó apoyo en los principales agentes económicos tanto internos como externos. El viraje hacia un programa neoliberal que reflejó los intereses del *establishment* fue la consecuencia de la búsqueda de la estabilidad. Durante cuatro años la economía se mantuvo en una senda de crecimiento basado en el consumo interno como factor dinámico mientras que

el ahorro interno se mantenía bajo y el déficit del comercio exterior crecía. Por las leyes de Emergencia Económica y de Reforma del Estado se suspendieron las leyes de promoción industrial y se cambió el régimen del empleo público. El deterioro de las condiciones de vida se profundizó. La distribución del ingreso, por ejemplo, en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires mostró una clara tendencia regresiva. A partir de 1991, el desempleo y la caída de los salarios se constituyeron en el factor determinante de la elevación de la desigualdad de los ingresos familiares. En este escenario, *las mujeres* incrementaron su participación como fuerza de trabajo, lo que se explica principalmente por la necesidad económica de las unidades domésticas, fuertemente impactadas por la contracción del empleo formal, los salarios, los subsidios a la producción rural y al consumo urbano. Las mujeres asalariadas fueron así, las primeras protagonistas de una fuerza de trabajo “flexible” demandada por procesos industriales y agroindustriales que obedecían a nuevos mercados en constante transformación, algunos de los cuales en que la competitividad se fincaba en el bajo costo de la mano de obra, otros en que además la estacionalidad o volatilidad de la demanda de los bienes requería mano de obra contratada temporalmente. Esta fuerza de trabajo se sustrajo de las normas de la regulación laboral y de los sindicatos que habían conquistado las élites obreras (masculinas) durante el desarrollo hacia adentro. La carga genérica del trabajo de las mujeres fue dominante y condicionante de la forma de inserción en los mercados de trabajo. En este contexto o espacio “genérico” la mujer se ha forjado un amplio espacio laboral en diversos ámbitos tanto rurales como urbanos. Las jóvenes, solteras o jefas de familia son quienes se integraron a los trabajos fuera de los hogares sin modificar las normas de control y subordinación genérica. Se trabajó en espacios femeninos, controlados por supervisores donde se reproducen los discursos genéricos sobre la docilidad, destreza, habilidad natural de los atributos femeninos para el trabajo requerido en esas actividades. La contratación de asalariadas en las manufacturas también descansa en el discurso genérico que reproduce una división sexual del trabajo y prácticas de segmentación y segregación. Las mujeres están siendo incorporadas de manera creciente tanto en la industria que tradicionalmente ofrecía empleo a las mujeres (textil y del vestido, por ejemplo) como la industria en que los empleos solían ser identificados como “masculinos”. Lo que muestra una tendencia de “feminización” del trabajo. La hiperinflación de 1989 agravó el escenario, y en octubre de ese año el 38 % de los hogares y de cerca de la mitad de la población del Gran Buenos Aires vivían por debajo de la línea de pobreza. La estrategia de apertura económica durante los noventa conlleva una estrategia de reforma social que tuvo muchos rasgos en común con las transformaciones del período militar. Para el *censo de 1991*, se reconoció la dificultad de censos anteriores en captar el empleo ocasional, temporal o de pocas horas semanales, problema que se trató de subsanar reemplazando la pregunta única (¿qué hizo durante la semana pasada?) por cuatro preguntas de alternativas simples: tres para recuperar a los ocupados y la cuarta para preguntar sobre desocupación. Los cambios incorporados en la cédula de 1991 tenían por objetivo la mejor captación de sectores poblacionales que quedaban habitualmente ocultos como amas de casa, jóvenes y mujeres mayores, cuentapropistas, etcétera. De acuerdo con dicho censo (que nos da un

panorama acabado de la sociedad de los ochenta) la distribución de las mujeres según la categoría ocupacional señala su fuerte concentración como asalariadas y en menor grado como servicio doméstico y cuenta propia. La presencia femenina en relación al total de ocupados, tiene dos categorías claramente diferenciadas en relación con la categoría ocupacional en que desempeñan su actividad: una presencia moderada entre los patrones, cuentapropia y asalariados, con valores crecientes entre el 20 % y 32 %, y por el otro una gran predominancia entre los trabajadores del servicio doméstico, donde prácticamente todas son mujeres y entre los trabajadores sin salario, donde constituyen más de la mitad de estos. Por último respecto a la calificación ocupacional, la mayor parte de las mujeres que trabajan – 42 %– desempeña tareas no calificadas, mientras que entre los varones el porcentaje se reduce al 25 %. Dentro del conjunto que tienen ocupaciones no calificadas la presencia femenina alcanza su mayor expresión: entre ellos cerca de la mitad son mujeres. Esta situación no condice con el perfil educativo de las mujeres. Posiblemente uno de los factores que contribuye a explicarla es la subutilización de la mano de obra femenina en relación con su capacidad adquirida mediante la educación formal, el porcentaje de mujeres con secundaria completa que desempeñan tareas no calificadas es notoriamente más alta que el de varones. En segundo término, las mujeres ocupadas se insertan en tareas operativas, donde su presencia es menor ya que estas son desempeñadas predominantemente por varones. La cuota de mujeres que trabajan en tareas de alta calificación –profesionales y técnicas– es superior a la de los varones, debido a que ellas tienen una mayor proporción en las ocupaciones técnicas y prácticamente similares en las profesionales. Mientras ellos se concentran en actividades industriales y de comercio, hotelería y restaurantes (donde predominan las ocupaciones de calificación operativa) en proporciones que superan el 20 % y luego en actividades primarias y en la construcción, las mujeres lo hacen básicamente en las ramas de actividad que en el mercado de trabajo se vinculan con la prolongación de las típicas funciones domésticas, valoradas socialmente como propias del mundo femenino. Así logran insertarse principalmente en los servicios sociales –enseñanza, salud, y otros servicios sociales– en proporciones del 24 % y 23 % respectivamente. Las actividades del comercio, hoteles y restaurantes absorben un 19 % y la industria casi un 13 % de las mujeres ocupadas. Su presencia es moderada en estas ramas y también en las vinculadas a actividades financieras, seguros e inmuebles, a pesar de que esta última absorbe proporciones similares entre los ocupados de cada sexo. En las ramas consideradas masculinas como la construcción, transporte, almacenaje y comunicaciones, hasta el censo 1991 por lo menos, las mujeres tienen escasa presencia.

También se podría hablar del *aumento de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo* es una constante en el siglo xx y la primera década del siglo xxi superada la etapa de ajuste tras la crisis de la deuda externa, encuentra a la República Argentina y en general a América Latina en un proceso de apertura a los mercados internacionales con miras a integrarse en condiciones de competitividad debido a la revalorización de *commodities* y materias primas. Este proceso que instala al Estado en un rol más comprometido, se expresa

en cambios en las políticas de empleo, salarios y capacitación. La incorporación de nuevas tecnologías ha quitado relevancia a la fuerza masculina y su efecto más notorio y silencioso ha sido la feminización del trabajo. Irma Arraigada ha estudiado las encuestas de hogares en trece países de la región y demuestra la creciente participación femenina especialmente en la etapa reproductiva –de 25 a 45 años– y casadas. De la fusión del factor tecnología y mayor incorporación de las mujeres a la PEA no se deduce, sin embargo, reducción de la brecha salarial. Incluso en las últimas décadas la incorporación de mujeres en áreas de importante cambio tecnológico –bancos, seguros, finanzas– no ha tenido por consecuencia que se igualaran los salarios de ambos sexos.

La modernización de las estructuras productivas produjo concentración en puestos altos y, como contracara, la demanda creciente y mayoritaria en puestos de bajo nivel de calificación y responsabilidad. Las mujeres fueron las más perjudicadas en este caso, pues a igualdad de nivel educativo su proporción en puestos no calificados superó a la de los varones (4). Como señala Luis Beccaria “... la situación social argentina es tributaria de un decepcionante comportamiento en el ámbito laboral. No se trata solo del desempleo, sino también de la precariedad de los puestos de trabajo, que no constituyen ya una situación de corto plazo sino que se está convirtiendo en un rasgo estructural del país” (Beccaria, 1988:85). La expectativa es pues sustentarse y tratar de conservar lo que se tiene, pues la incertidumbre y la segmentación ocupacional temporaria no permiten proyección.

La polarización social tiene ese efecto de dejar suspendidas en el vacío las expectativas de las generaciones anteriores, no desaparecen pero se dificulta encontrarles un fundamento.

Para sobrevivir a la reestructuración de la economía y a las políticas de ajuste que se vinieron dando desde mediados de los setenta la mayoría de las familias debieron hacer un esfuerzo notable disminuyendo en el mayor grado posible el impacto de la crisis en materia de vivienda, alimentación, salud y educación, operando una *reestructuración de la vida cotidiana*. Si bien en el esfuerzo participaron todos los miembros de la familia, las mujeres debieron asumir el peso mayor. En especial en las ciudades se tornó cada vez más complicado tener hijos por diversos motivos lo cual redundó en una merma en la tasa de expansión vegetativa de la población total que se procura compensar con el aliento de movimientos inmigratorios (5).

En forma paulatina se advierten en las tres últimas décadas indicios significativos de *debilitamiento de las relaciones de subordinación femenina* tanto respecto a las masculinas – padre, esposo, hermanos–, como femeninas –madre, suegra, hermanas– en asuntos como el uso autónomo del dinero, la defensa de espacios y tiempos propios, el límite al autoritarismo familiar y la monetarización de las tareas de cuidado o solidaridad que tradicionalmente están a cargo de las mujeres. En este proceso sin duda ha pesado el aumento del tiempo dedicado por las mujeres al trabajo doméstico, extradoméstico y el esfuerzo que implican las estrategias de supervivencia.

Situación paradójica

El universo femenino está en una *situación paradójica* que se visualiza en varios planos: si bien el cuidado de los hijos y la atención del hogar continúan teniendo un alto valor social y económico, el incremento de la participación femenina en actividades productivas asalariadas no ha redundado en una mejor calidad de vida y, más aún, ha debilitado los lazos familiares. La mujer ha adquirido mayor autonomía económica, pero enfrenta en mayor medida sola las responsabilidades familiares. Su participación política a través del voto no ha cesado de crecer, pero no ha redundado en un espacio significativo de representación y lo mismo se verifica al interior de otras instituciones como los sindicatos. El incremento de la demanda de esfuerzo y presencia que se le exige a la mujer ha puesto sobre el tapete temas de salud reproductiva y de violencia familiar que la instala con frecuencia, junto con niños y ancianos, en situación de riesgo social.

La incorporación de nuevas tecnologías ha quitado relevancia a la fuerza masculina y su efecto más notorio y silencioso ha sido la feminización del trabajo (6). De la fusión del factor tecnología y mayor incorporación de las mujeres a la PEA no se deduce, sin embargo, reducción de la brecha salarial. En las últimas décadas la incorporación de mujeres en áreas de importante cambio tecnológico –bancos, seguros, finanzas– no ha tenido por consecuencia que se igualaran los salarios de ambos sexos. Pero el aumento del tiempo dedicado por las mujeres al trabajo doméstico, extradoméstico y al diseño de estrategias de supervivencia ha producido un debilitamiento de las relaciones de subordinación femenina. En forma paulatina se advierten en las tres últimas décadas indicios significativos de superación de la subordinación de la mujer tanto respecto a relaciones masculinas –padre, esposo, hermanos– como femeninas –madre, suegra, hermanas– como ser el uso autónomo del dinero, la defensa de espacios y tiempos propios, el límite al autoritarismo familiar y la monetarización de las tareas de cuidado o solidaridad que tradicionalmente están a cargo de las mujeres.

Resulta también paradójico que a pesar de estas transformaciones perduren *mitos* sustentados en la inercia de las opiniones, por ejemplo: que el trabajo femenino es secundario y se recurre a él en épocas de crisis para complementar el presupuesto familiar, las estadísticas a nivel mundial demuestran el crecimiento sostenido de la participación laboral de la mujer en los últimos treinta años. Que las mujeres reciben menos ingresos porque su nivel de instrucción es menor, cuando el número de egresadas universitarias supera en muchas carreras al de varones. Que los empresarios contratan menos mujeres porque su costo laboral es mayor. Los resultados de un estudio de caso (CEPAL, 1997: 190) indicaron que los costos laborales totales de la mano de obra femenina eran inferiores a los de la mano de obra masculina. Además, otra incongruencia es que mientras crece el impulso en el sentido de que la mujer se incorpore al mundo laboral, se hace más dificultoso para ellas obtener un empleo y conservarlo.

En términos de Claudia Anzorena (Anzorena, 2009:10), “el problema es que bajo la apariencia de rigor científico se refuerza la naturalización de las relaciones” y termina haciendo

responsable a la mujer de los males sociales derivados de la crisis de la familia. La autora concluye su análisis ligando esta teoría con los planes sociales compensatorios que tratan de atenuar los efectos del ajuste estructural con los cuales el Estado neoliberal se desentiende de los efectos negativos del modelo económico y termina responsabilizando a los ciudadanos por los problemas de pobreza o exclusión.

Voces que expresan la paradoja

Las trabajadoras hicieron abundantes comentarios acerca de cómo vivieron estos procesos de cambio de los que fueron protagonistas, y en ellos aparece un común denominador: la percepción de *progresos ambivalentes*. Junto con las mejoras concretas, avaladas por leyes, por avances tecnológicos, por la situación de género, aparece el deterioro del clima laboral, la pérdida de la confianza y respeto a los patrones y de ellos, de la continuidad de las relaciones sociales fuera del ámbito laboral, de la consideración hacia la mujer, y aún lo advierten en aspectos más tangibles como el poder adquisitivo del salario, la fortaleza del peso moneda nacional, o en el valor clave del sentido de futuro, la confianza en que los frutos del sacrificio presente iban a ser recogidos por los hijos.

No obstante los avances registrados en materia de escolaridad no han producido a la fecha una ventaja laboral significativa para las mujeres en general y en especial las de sectores cadenciados. Incluso el peso de un título universitario ha disminuido y en el caso de algunas carreras se advierte una proletarización creciente de los egresados. Si bien la educación es quizá el contexto crítico en el que más avanzó el país a partir del retorno a la democracia, sobre todo en el nivel inicial y en la prolongación de la escolaridad obligatoria al menos hasta los dos primeros años de la secundaria.

La igualdad de género que se ha logrado es, sin duda, un avance pero complejo y desigual. Hay espacios que la mujer no puede abandonar y otros en los que ha avanzado mucho. El varón ha debido ceder en el terreno laboral y público en general y aunque se lo “invita” a participar en el ámbito doméstico y de la crianza –a través de la publicidad, de la sanción social a actitudes machistas, etc.– la respuesta es heterogénea, más aún cuando la sociedad lo ve con simpatía pero lo exime muchas veces del compromiso y la responsabilidad. En otras palabras, que la sociedad no acompaña a la mujer en el cambio. El deterioro, la violencia y la incertidumbre se han instalado en los vínculos haciendo más difícil y solitaria la vida femenina. Conflictos, trastornos e insatisfacciones son fruto, muchas veces, de la falta de contención social, falta grave ya que esta es el terreno fértil para una maternidad ejercida con riqueza emocional y equilibrio.

La política económica persiguió la eficiencia y la modernización de la estructura productiva y al hacerlo trajo aparejado un endeudamiento externo sin precedentes, una disminución del ritmo del crecimiento del empleo y de los salarios reales, mayor pobreza y precarización. Los resultados de estas políticas fueron un estancamiento global y una amplia recesión industrial descendiendo el producto per cápita en 1983 un 11 % en relación al año 1975. Esto se tradujo en el deterioro del nivel de vida de la población así como también en una

recomposición sectorial de la producción y el empleo. De esta manera se produjo un avance de las actividades terciarias y un retroceso de las secundarias, lo cual se tradujo en el incremento del cuentapropismo y en el achicamiento del empleo industrial. Los principales beneficiarios de esta estrategia de acumulación fueron aquellos grupos económicos de capital nacional y aquellas empresas transnacionales que por su grado de concentración de capital y su integración o diversificación sectoriales lograron adaptarse más rápidamente a las cambiantes condiciones de acumulación. Con la recuperación de la democracia, la situación estructural no cambió sustancialmente, sino que se profundizaron tendencias anteriores hacia el desmantelamiento de la actividad productiva, la concentración de la riqueza social, el desempleo y el trabajo precario. Desde el Estado la política imperante propugnaba su achicamiento, también hubo achicamiento de la clase obrera, aumentaron los trabajadores autónomos, especialmente en la construcción (albañiles, peones, pintores, plomeros). El descenso del salario real no tuvo precedentes y se produjo desarticulación sindical. El fenómeno de la desocupación continuó aumentando hasta llegar a mediados de la década de los noventa a niveles que rondaban el 20 %. La evolución del mercado de trabajo en los últimos años presenta perfiles productivos y laborales, mayor selectividad, nuevos modos de organización de la producción y del trabajo. Estas transformaciones generan desequilibrios y desajustes entre los requerimientos del mercado y los perfiles ocupacionales y de calificación de la población trabajadora, que impactan de manera heterogénea en la población, y las mujeres son un grupo altamente afectado. Mientras que los varones no incrementaron su participación por efecto del desaliento, entre 1980 y 1990 las mujeres buscaron incorporarse al mercado laboral, como efecto de la creciente desocupación masculina y de la mayor presión demográfica. A pesar de las dificultades que existen para establecer comparaciones entre el censo del 80 y del 91, se puede afirmar que la fuerza de trabajo ocupada se feminizó, junto con la subocupada, y la desocupada se masculinizó.

Las mujeres aumentaron su presencia en la población ocupada en proporciones similares a como lo hicieron en la población activa, pasando a representar de entre un 33 % a un 38 % en 1980 y de un 35 % a un 39 % en 1990, según las regiones. También aumentaron su presencia entre la población subocupada, superando a los varones. Los cambios alteraron tendencias históricas, por un lado, los hombres superaron a las mujeres a nivel de desocupación, por otro lado, las mujeres rompieron su tradicional propensión a participar en las edades jóvenes, antes de adquirir responsabilidades reproductivas. Las mujeres participan en el mercado de trabajo hasta edades avanzadas y cualquiera sea la etapa del ciclo vital. Esto no es solo por el desempleo masculino sino también por la expansión de la educación en las mujeres y por los cambios en la percepción social del rol de las mujeres. En cuanto a la inserción ocupacional de ellas en la estructura productiva, la mayoría son asalariadas, mientras que el cuentapropismo femenino se incrementó, en muchos casos a expensas del empleo industrial, especialmente textil, que sufrió el impacto de la apertura del sector externo. La fuerza de trabajo siguió feminizándose en la década del noventa.

En cuanto a las ramas de la actividad, es posible identificar ramas “femeninas” tales como la enseñanza, servicios sociales y comunitarios, servicio doméstico, industria textil. Para concluir se ha observado que se mantiene la división del trabajo por géneros, de manera tal que las mujeres se concentran más en el sector terciario de la economía, en empleos de menor jerarquía y de menor remuneración que los hombres. En este contexto, la extensión de la participación laboral de las mujeres no les garantiza mejores condiciones de inserción laboral ni mejores remuneraciones, en tanto que el discurso que se imponía desde el gobierno era el de “la participación en medio de la desindustrialización”.

Notas

(1) Las ventas al exterior de productos manufacturados pasaron de 90 millones de dólares en 1966 a 240 millones en 1970 y 1220 millones en 1974.

(2) La tasa de crecimiento del valor agregado por la industria en el período 1970/74 es de 7 %, de 1974/79 es menos 0,23.

(3) Recordemos que el masivo ingreso de productos importados a partir de la gestión de Martínez de Hoz, en el Ministerio de Economía (1976) impactó fuertemente en algunos sectores productivos.

(4) Encuesta de Desarrollo Social (EDS). Encuesta de Condiciones de vida (1997-2001) SIEMPRO. www.siempro.gov.ar.

(5) Según un estudio realizado por el Instituto de Estudios Laborales y Sociales de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES) entre el tercer trimestre de 2004 e igual período de 2010 hubo una reducción de casi dos puntos porcentuales en la participación de los hijos, que pasaron de 41,5 % a 39,7 % del total de los miembros

(6) Irma Arraigada ha estudiado las encuestas de hogares en trece países de la región y demuestra la creciente participación femenina especialmente en la etapa reproductiva –de 25 a 45 años– y casadas.

(7) En tiempos de la presidencia del Dr. Carlos Menem, el fenómeno de la desocupación se fue agravando año tras año.

Bibliografía

AA. VV. (2000). *Historia de las mujeres en el Siglo XX*. Buenos Aires: Taurus.

BARRANCOS, Dora (1993). *Historia y Género*. Buenos Aires: CEAL.

COOPER, Jennifer (2003). *Flexibilización y feminización de la fuerza de trabajo*. Buenos Aires: CLACSO.

DEVOTO, Fernando y MADERO, Marta (1999). *Historia de la vida privada en la Argentina*. Buenos Aires: Taurus.

FERRER, Aldo. (2004). *La economía argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

GIL LOZANO, Fernanda - PITA, Valeria - INI- Ma. Gabriela. (2002). *Historia de las Mujeres en la Argentina*. Buenos Aires: Santillana.

PEROTIN DUMON, Anne. (2002). *El género: historia, hitos y premisas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

SABATO, J. y SCHVARZER, J. (1985). “Funcionamiento de la economía y poder político en la Argentina: trabas para la democracia” en ROUQUIE, A. y SCHVARZER, J. (comps.) *Cómo renacen las democracias*. Buenos Aires: Emecé.

TORRADO, Susana. (1992). *Estructura Social de la Argentina 1945-1983*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.